TESTIMONIOS ESCRITOS Y PICTÓRICOS DE VIAJERAS EXTRANJERAS. MÉXICO. SIGLO XIX

Gisela von Wobeser
Universidad Nacional Autónoma de México

Mitad fábula y mitad verdad, la leyenda en torno a los atractivos de México se fraguó desde el momento en que los conquistadores españoles llegaron a territorio mexicano. Durante la época virreinal circularon en Europa libros, periódicos y volantes que propagaron las enormes riquezas minerales de Nueva España, de su buen clima, de la variedad de sus paisajes, de lo exótico de su vegetación, de su excelente tradición culinaria y de sus antigüedades prehispánicas: un conjunto de atractivos tales que no tardaron en despertar la curiosidad de los europeos.

Para muchos españoles emigrar a América se convirtió en una salida para superar las difíciles condiciones de vida, el hambre y la escasez de oportunidades que imperaban en la Península Ibérica. También llegaron algunos europeos de otros países, en su mayoría clérigos, científicos o profesionistas que dejaron una importante huella en Nueva España. Tal es el caso, por ejemplo, del flamenco fray Pedro de Gante, franciscano que destacó por su labor educativa entre los indígenas, del italiano Juan Pablos, quien estableció la *primera imprenta del continente, así como del* cosmógrafo alemán Enrico Martínez, quien además de impartir cátedra sobre muy variadas materias, dedicó veinticinco años de su vida a la construcción del desagüe de la ciudad de México. La gran mayoría de estos viajeros se quedaron a radicar en Nueva España y sólo pocos regresaron a su tierra natal.

En el siglo XVIII surgió un nuevo tipo de viajero, que podemos definir como visitante, que se desplazaba sólo temporalmente a América con algún fin específico y después regresaba a su país de origen. Uno de ellos fue sir Thomas Gage, quien tocó suelo novohispano en 1725 y después continuó su marcha por Chiapas y Guatemala. Sus impresiones de viaje las plasmó en el libro *Nueva relación de las Indias occidentales*, posiblemente la primera obra de un fuereño que describió de manera sistemática la realidad del virreinato de Nueva España. Aunque las obras de Gage no fueron bien recibidas debido a las observaciones mordaces

que contenían sobre muchos aspectos de la realidad novohispana, constituyen una fuente importantísima para el conocimiento de la época.

El más destacado entre los visitantes fue sin duda el sabio alemán Alexander von Humboldt, quien entre marzo de 1803 y febrero de 1804, junto con su compañero Aimé Bonpland, realizó diversas expediciones por el centro y sur del país, orientadas especialmente a visitar las principales zonas mineras. El resultado de esas expediciones fue el *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*, obra que constituye un compendio del saber de su tiempo, tanto en el campo de las ciencias naturales como de las sociales. La mayor parte de la información la obtuvo de estudiosos novohispanos con los que tuvo contacto, aunque algunos de los datos y observaciones ahí incluidos fueron aportaciones enteramente suyas, como las observaciones astronómicas, las mediciones termobarométricas llevadas a cabo en distintos sitios, el cálculo de la altura de los picos más elevados, el análisis de ciertos minerales y la valoración de algunos centros mineros, entre otros.

Editado en 1822, el *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España* fue una obra de consulta obligada para todos los viajeros cultos que llegaron a Nueva España durante el resto del siglo XIX, a la vez que fue fuente de inspiración para quienes escribieron diarios, cartas y libros. Otra obra de Humboldt que influyó a los viajeros que llegaron a América después que él fue el atlas gráfico *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de la América*, que aparecido en 1810, incluye descripciones y grabados de la naturaleza, especialmente de vistas de las cordilleras y el desarrollo minero de distintas regiones de América. Fueron los pintores en particular los que tomaron como modelo láminas como las dedicadas a los prismas de Santa María Regla, a los picos de los volcanes Popocatépetl e Ixtaccíhuatl, o a las descripciones de los centros mineros de Real del Monte y Guanajuato.

Tras la consumación de la independencia en 1821, las fronteras de México se abrieron para recibir una gran cantidad de visitantes, misma que se incrementó notablemente en la década de 1840 gracias al descubrimiento del ferrocarril y del vapor, inventos que facilitaron y agilizaron los traslados, amén de volverlos considerablemente menos peligrosos. Los viajeros, procedentes principalmente de Europa y de los Estados Unidos de América, formaban un variopinto grupo de aventureros, negociantes, políticos, especuladores, cazadores de fortuna, militares, artistas y científicos. La mayoría eran hombres, pero también hubo mujeres, algunas de ellas muy notables como se verá a lo largo de este escrito. Y como era la costumbre en aquella época, estos viajeros que recorrieron amplias zonas del

país y que tuvieron la oportunidad de conocer múltiples y diversos aspectos de la realidad mexicana, llevaron diarios, hicieron memorias de viajes, escribieron cartas, realizaron dibujos y tomaron fotografías para mantener sus impresiones en la memoria o para compartir sus experiencias con sus familiares y allegados. De regreso en sus países de origen, muchos de estos escritos, así como los testimonios pictóricos y fotográficos, se publicaron y amén de haber contribuido en su momento a mantener viva la curiosidad por el país, constituyen hoy importantes fuentes de conocimiento histórico, y en muchos casos las únicas referencias sobre la temática que abordan.

Por supuesto los visitantes extranjeros contemplaron la realidad mexicana con una óptica distinta a la de los nacionales, pues su interés captaba aquellos aspectos que les resultaban exóticos, distintos u opuestos, de tal modo que esa fijación contribuyó a construir las representaciones que hoy día simbolizan lo mexicano, como las pirámides, el maguey, los volcanes y el indio con sombrero.

Entre los viajeros que dejaron valiosos testimonios escritos y gráficos sobre México, se encuentra un número significativo de mujeres. Aun cuando su modelo de inspiración generalmente fue el mismo que el de los hombres, ellas abordaron preferentemente temas relacionados con la vida doméstica, las costumbres, las normas morales y el mundo femenino.

En este escrito me referiré a cinco mujeres que visitaron México en distintos momentos del siglo XIX y dejaron una huella indeleble en el campo del saber y el arte: Emily Elizabeth Ward, Fanny Erskine Inglis (Madame Calderón de la Barca), Paula Kolonitz, Adela Bretón y Caecilie Seler Sachs.

Emily Elizabeth Ward

En 1825, a sólo cuatro años del inicio de la vida independiente, arribó a México Emily Elizabeth Ward junto con esposo Henry George Ward. Éste había sido el primer embajador de Inglaterra en México, cargo en el que había permanecido hasta 1824, y ahora regresaba como encargado de negocios, enfocado primordialmente en el rubro de la minería, uno de los principales atractivos comerciales e industriales que ofrecía el país. A su llegada, Emily Ward, cuyo apellido de soltera era Swinburne, estaba a punto de tener a su primera hija, por lo cual tuvo que ser transportada en litera de Veracruz a la ciudad de México. [1]

1 Durante su estancia en México, que se prolongó hasta 1827, los Ward tuvieron una segunda

Durante sus viajes los Ward observaron minuciosamente el país, su belleza natural, sus centros urbanos y mineros, sus costumbres, la indumentaria de sus habitantes y la vida política. Pero mientras Henry Ward utilizaba la palabra para retener sus impresiones, Emily se valía del dibujo.

Como parte de la estrategia para fomentar las relaciones entre México e Inglaterra Henry George Ward escribió el libro *México en 1827*, que incluyó trece litografías basadas en dibujos de Emily, realizados por los grabadores J. Clark y John Pie, éste último un conocido por los grabados que había hecho para el renombrado paisajista inglés William Turner. Un año más tarde, a instancias de Ward, Henry Colburn editó un álbum con seis de esas trece litografías sobre distintos distritos mineros, grabadas por Pie, que apareció bajo el título *Six Views of the Most Important Towns and Mining Districts*.

Lamentablemente no se han conservado los dibujos originales de Emily y no se sabe si los grabados los reproducen fielmente. Sin embargo, podemos suponer que se trata de copias fieles, ya que de acuerdo con una larga tradición los grabadores solían respetar los diseños de los "inventores" de las imágenes y porque todos los grabados que conocemos de Emily guardan un mismo estilo, independientemente de quién los haya ejecutado.

En los grabados se refleja la gran calidad artística de Emily Ward. Manejó magistralmente la línea y supo dar a sus composiciones, a la vez, fuerza y delicadeza. Gracias a un acertado tratamiento de los volúmenes y de los claroscuros, los dibujos logran una gran plasticidad. Y aunque la mayoría de ellos incluye la representación de algún asentamiento minero, un pueblo, una villa o alguna escena de la vida en México, es el paisaje el tema principal de sus composiciones, particularidad que la ubica dentro de la corriente de la pintura paisajista inglesa, representada magistralmente por sus contemporáneos el mencionado William Turner y John Constable.

En cuanto al tratamiento de los temas y a las composiciones, se advierte la influencia de la mencionada obra *Vistas de las cordilleras*, de Humboldt. Particularmente la afición humboldtiana por la geología está presente en la obra y así las montañas son prominentes en muchas de las láminas y los centros mineros, un tanto idílicos, aparecen enclavados en escarpadas serranías. Para obtener una

---

hija y recorrieron los estados de México, Querétaro, Guanajuato, Jalisco, San Luis Potosí, Durango y Zacatecas. Henry George Ward, *México en 1827,* México: Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, 1981, p. 156-157.

panorámica extensa se valió de perspectivas amplias, tomadas desde algún lugar elevado y distante. En la lámina de Zacatecas, por ejemplo, predomina el cerro de la Bufa y las cordilleras adyacentes sobre los demás elementos compositivos.[2]

A Emily Ward también le interesó representar las superficies rugosas y las depresiones, como se puede observar en la lámina dedicada a Tlalpujahua. El centro minero aparece en medio de la serranía, como parte integrante del paisaje, mostrando un caserío en el que destacan dos iglesias, cada una con su torre y cúpula. El suelo áspero y rugoso, con escasa vegetación, presenta cortes profundos. La composición es dinámica y armoniosa.[3]

En "El ascenso a Catorce" destaca el paisaje agreste de la serranía potosina, una composición de triángulo invertido en la que se observan las siluetas de dos cerros, mismas que, en un segundo plano, enmarcan la serranía, mientras en el fondo se distingue un pequeño caserío del cual parte el camino hacia el centro minero de Real de Catorce. Sin duda se trata de un paisaje mágico, que atrae al espectador.[4]

Los dibujos de Emily Ward contribuyeron a la difusión del conocimiento de México en el extranjero; bien vale recordar que, en 1839, la marquesa Calderón de la Barca, a quien me referiré en el siguiente inciso, al cruzar el puente Nacional, camino de Veracruz a México, se detuvo un momento para admirar "el hermoso puente tendido sobre el río de la Antigua, con sus arcos de piedra" que le trajo a la memoria un dibujo de la señora Ward, a pesar de que hacía tiempo que había visto su libro.[5] Y así como sus dibujos permancieron en la memoria de la marquesa, también influyeron a pintores extranjeros de la talla de Carl Nebel y de Johann Moritz Rugendas, quienes visitaron el país una década más tarde.

Madame Calderón de la Barca

En 1839 llegó a México otro insigne matrimonio, formado por Ángel Calderón de la Barca, hombre de letras que había sido nombrado ministro plenipotenciario de España en México después que ambos países establecieran la paz e iniciaran relaciones diplomáticas, y su reciente esposa Fances Erskine Inglis,

2 *Seis panorámicas*, lámina Zacatecas,1990: s/p.
3 *Ibidem.*
4 Ward, *México en 1827…*
5 Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. Traducción, prólogo y notas de Felipe Teixidor. 2 vols. México: Porrúa, 1959, p. 38.

mejor conocida como Madame Calderón de la Barca, que llegaría a escribir uno de los libros testimoniales más importantes sobre el México de las primeras décadas del siglo XIX.

Nacida en Edimburgo, en 1806, después de la prematura muerte de su padre, se trasladó con su madre a Boston, en los Estados Unidos. Allí se ocupó como maestra en la escuela familiar y se adentró en los círculos intelectuales bostonianos en los que estableció amistad con personas de la talla de George Ticknor y Willam Prescott. Fue en casa de este último donde, a los 32 años, conoció a Ángel Calderón de la Barca.

Los Calderón de la Barca permanecieron dos años y veintiún días en México y durante este periodo la marquesa escribió una serie de cartas para comunicar a sus familiares sus impresiones acercas de este país. En estas cartas, originalmente no concebidas para publicarse, mostró extraordinarias dotes literarias en cuanto al manejo del lenguaje, el tratamiento de los temas, la agudeza de las observaciones y el humor con el que relató ciertos pasajes.

Una selección de dichas cartas la publicó William H. Prescott bajo el título de *Life in Mexico. Residence of Two Years in that Country* [*La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*]. Prescott aclara, en el prefacio, que insistió en sacar a la luz las cartas porque él mismo obtuvo un gran bien al leerlas y le pareció que era penoso que de "tanta instrucción y divertimiento" sólo se beneficiara un grupo reducido de amigos. Aunque madame Calderón de la Barca era una persona de amplio criterio, prefirió mantener oculta su identidad firmando el libro sólo con sus iniciales: Madame C. de la B.[6] En 1843 la obra se editó simultáneamente en Londres y en Boston, es decir apenas dos años después de que los Calderón dejaran el país, lo que demuestra una vez más la avidez que existía entre los europeos y norteamericanos por tener noticias sobre México.

La vida en México sin duda es un libro excepcional, que gozó de gran prestigio y desde su aparición tuvo muchos lectores. Escrito con un refinado y ameno estilo, que convierten su lectura en un placer, presenta una descripción minuciosa del México de las primeras décadas independientes. Como aguda observadora y visitante inquieta, la autora refiere todo lo que ve y escucha. Dada la elevada posición del marido tuvo oportunidad de entrar en los círculos sociales elitistas del país, conocer a las personas más destacadas del momento y tratar a políticos de

6 Prefacio de William H. Prescott, en *Madame C de la B*, 1842, s/p).

muy alto nivel. Pero, asimismo, se preocupó por entender al pueblo y así asistió a las fiestas populares, visitó las poblaciones aledañas a la ciudad de México, viajó por lugares recónditos y observó diversas escenas callejeras. Nada escapa a su aguda mirada, lo mismo se detiene en la descripción de un mendigo que en la del guardarropa de una dama. También se interesó en la historia de México, tanto la reciente como la antigua e intercala en sus cartas pasajes históricos y reflexiones en torno al país.

En la octava carta, por ejemplo, describe la preparación de un baile de disfraces para la beneficencia pública al que planeaba asistir en el traje típico de *china poblana*, pero fue disuadida por los ministros de la guerra y de lo interior, que le aseguraron que las *poblanas* eran, por lo general, *femmes de rien,* que no llevan medias, y que la esposa del ministro español no debía, por ningún motivo vestir semejante traje, ni una sola noche siquiera.[7]

Ante tal insistencia Fanny cambió su disfraz para acudir al baile. Al provenir de un entorno cultural y social distinto tuvo el don de captar lo que le pareció característico de la sociedad mexicana. Así, por ejemplo, se expresó con admiración respecto de los lazos familiares existentes entre los mexicanos

> Nunca he conocido un país que como en México las familias estén tan estrechamente unidas, en donde los afectos estén tan concentrados, o en donde exista este devotísimo respeto y obediencia de parte de los hijos e hijas casadas para con sus padres... Conozco muchas familias cuyos hijos casados siguen viviendo en la casa de sus padres, formando una especie de pequeña colonia, en la más armoniosa convivencia.[8]

Madame Calderón de la Barca se interesó vividamente por adentrarse y comprender la forma de vida de los mexicanos. Uno de los sucesos que le impactó profundamente fue el ingreso de una joven al convento de Santa Teresa de la ciudad de México, mismo que describe en el siguiente párrafo:

> Comenzó a tocar la música y descorrieron la cortina… Las monjas, formando círculo, llevaban en las manos cirios encendidos; vestían capas de un azul vivo, con un escudo de oro prendido en el hombro izquierdo, pero cubrían sus rostros con espesos velos negros. La muchacha, arrodillada enfrente de ellas, también con un rico vestido y sus largas pestañas negras

7 Calderón de la Barca, *La vida en México, p.* 81,82.
8 *Ibidem,* p. 208- 209.

> reposando sobre su rostro resplandeciente. La clerecía, al pie del altar, ricamente iluminado y aderezado, formaba, como de costumbre, un brillante fondo a todo este cuadro… Lo más terrible fue ser testigo de la postrera y angustiosa mirada de la madre para su hija, a través de la reja. Vio a su niña estrujada por los brazos de gente extraña, y cómo le daban la bienvenida en su nuevo hogar... Todavía, antes de caer la cortina, pudo verla, como se ve el rostro de un muerto cuando aun no se cierra la tapa del ataúd… De súbito, cayó la cortina como un paño de luto, y brotaron lágrimas y prorrumpieron en sollozos los deudos.[9]

La vida en México se ha convertido en un clásico de lectura obligada para las personas interesadas en el México de las primeras décadas del siglo XIX. Es asimismo la fuente importante para el estudio de diversas ramas de la historia, como la de la vida cotidiana, de las mentalidades, de la mujer, de la familia y de las costumbres, entre otros.[10]

Paula Kolonitz

La condesa austriaca Paula Kolonitz era dama de la corte de la archiduquesa Carlota de Saxe-Coburgo, a quien acompañó en su travesía hasta México, donde esta última asumiría el trono imperial como esposa de Maximiliano de Habsburgo.[11] La joven Paula emprendió el viaje con la emoción y expectativa de conocer nuevas tierras, pero a la vez con temor, por los peligros e incomodidades que implicaba atravesar navegando el Atlántico.[12]

La comitiva partió de Trieste, Italia, el 14 de abril de 1864 y, después de tocar tierra en Roma, Gibraltar, Madera, Martinica y Jamaica, llegó al puerto de Veracruz, en México, el 28 de mayo de 1864. Aunque las obligaciones de Paula Kolonitz terminaban oficialmente en ese momento, acompañó a la archiduquesa Carlota en el viaje hasta la capital, adonde arribaron el 12 de junio de 1864. Posteriormente, permaneció todavía cinco meses en el país, ya que partiría hasta

---

9 *Ibídem,* p. 210-211.

10 Otro libro escrito por madame Calderón de la Barca es *El attaché en Madrid*, versa sobre la vida de la corte de Isabel II. Fue publicado en 1856, en New York.

11 La archiduquesa Carlota de Saxe-Coburgo era hija del rey Leopoldo de Bélgica.

12 Paula Kolonitz,. *Un viaje a México en 1864*. Traducción Neftalí Beltrán. Prólogo Luis G. Zorrilla. México: Secretaría de Educación Pública, 1976, p. 9.

el 17 de noviembre del mismo año. Esta estancia constituyó, según sus propias palabras "el más bello recuerdo" de su vida.[13]

Como era costumbre entre los viajeros, la condesa Kolonitz escribió un diario, en el que vertió sus impresiones de viaje y que constituye un valioso testimonio sobre México hacia mediados del siglo XIX. Fue una observadora aguda, con gran capacidad narrativa y dueña de una extensa cultura. Había leído los trabajos sobre México de Prescott así como las cartas de Madame Calderón de la Barca, obras que influyeron en su escritura. El diario es un texto íntimo, en el que la autora expresa sus sensaciones, emociones y decepciones, a la vez que describe todo lo que le rodea: la vida en el barco, los paisajes marítimos, los lugares que visitó en el camino y, en México, las peripecias del viaje de la costa a la capital, los paisajes y las personas con las que se relacionó.

Todo fue novedad para ella y le produjo la más profunda emoción. En alta mar vence, a fuerza de voluntad, los mareos para gozar plenamente la travesía. Expresa "¡Qué indefinibles e inmensamente bellas son las noches bajo los trópicos! A velas desplegadas avanza sobre las olas las nave silenciosas y tranquila dejando tras de sí vivísimas estrías de luz, las cuales se pierden y esfuman en la más lejana inmensidad". De lo profundo de las olas se alzan globos de fuego, ya amarillos, ya azules." Observa a las estrellas y se maravilla ante la "cruz del sur", una constelación que no se aprecia en los cielos el hemisferio norte. Hasta en la luna advierte cambios, ya que la nota más rojiza y dorada, y las fases en posición distinta a la acostumbrada.[14] Según sus propias palabras: "para nosotros, pobres criaturas del norte, todo esto tiene una fascinación indescriptible."

Gibraltar le parece "tan grandioso como bello"; la isla Madera, "un sublime encantamiento". En el camino de Veracruz a México, a pesar de las incomodidades de viaje, la condesa no deja de admirar y disfrutar el paisaje: "Aquí comenzamos a ver bellísimos árboles, llenos de lianas, miles de plantas y, por todos lados, flores dispersas con admirable variedad de colores, en montes y valles. Especialmente bellas eran las enredaderas que se entrelazaban a cada tronco y a cada copa, hasta la cima. Mariposas de color naranja, con manchas del más hermoso azul, gozaban de este divino banquete." [15]

---

13 *Ibídem,* p. 187.
14 *Ibidem,* p. 45.
15 *Ibidem,* p. 26, 49 y 64.

Alude poco a sus funciones de dama de honor, pero describe algunas apariciones públicas de la pareja imperial. Habla, por ejemplo, del recibimiento que los monarcas tuvieron al llegar a México y contrasta "la acogida glacial" obtenida en Veracruz con los "espléndidos" festejos recibidos en Puebla. Sobre el emperador comenta: "la sencillez de sus modales y su amabilidad despertaban las más vivas simpatías. Les parecía imposible que… fuese afable con todos, que a todos graciosamente escuchase, que respondiese a éste o aquél con la suave benevolencia que le era propia. No esperaban tanto los mexicanos."[16]

Durante su estancia en la ciudad de México recorrió los atractivos que ésta ofrecía. Uno de sus principales focos de atención fue la vida social de los mexicanos, las relaciones familiares, las costumbres, la tradición culinaria, las fiestas y los paseos. Una mañana en la ciudad de México transcurría así:

> Los mexicanos que se dirigen a sus cabalgatas matinales pasan por las calles de la ciudad, pero su paso tiene para nosotros algo de misterioso porque las pisadas del caballo no se oyen, ya que ordinariamente los llevan sin herraduras. Las damas se dirigen a la iglesia siempre vestidas de negro y llenas de velos. Y entre aquellas almas devotas corren medio desnudos los indios: éste llevando sobre la espalda una grandísima jaula en la cual se juntan uno contra el otro seis, siete o más papagayos; aquél, corriendo por aquí y por allá ofreciendo frutas, dulce de membrillo, bizcochos, castañas cocidas; otros vendiendo figurillas de cera, objetos de oro y de plata, peines de carey, ollas, utensilios de madera y con frecuencia también pobres colibríes, que pronto sucumben a su prisión.[17]

Motivada por su afición por la naturaleza, se refirió con gran detalle el paisaje rural: las serranías y mesetas, la flora y fauna, los diferentes ecosistemas y los pintorescos poblados:

> Al sur de la ciudad, donde el canal de Chalco se hace más ancho, en el amplio puerto donde cada mañana llegan los indígenas con sus mercancías, se extiende el paseo de la Viga. Por allí se va a los pequeños pueblos [Santa Anita e Ixtacalco] en los que habitan solamente indios. Las más bellas flores se ven en sus proximidades y aun a las más pobres y pequeñas cabañas las rodea el perfume y la suave fragancia de las lindísimas flores que

16 *Ibidem,* p. 62-87.
17 *Ibidem,* p. 114-115.

> siempre las cercan. Este paseo es encantador. Las heladas cumbres de los volcanes como si estuviera a mitad de la calle, se levantan ante los ojos y, por la pureza del aire parecen estar más próximas que nunca. A la derecha del camino se extienden los campos de maíz que no parecen tener término, rodeados por matorrales salvajes, lujuriantes de flores. Sobre graciosas canoas los indios transportan a la ciudad frutas, flores, maíz, y heno. Junto a la fértil carga yacen las mujeres vestidas con sotanas color rosa, con sus niños y sus perros todos acomodados en las poses más pintorescas. Una tienda sostenida por dos pequeños palos los cubren de los ardientes rayos solares. A la izquierda puede verse extendidas las celebérrimas chinampas, los jardines flotantes de los indios. Originalmente el espejo del lago de Chalco era límpido y bello y sus ondas jugaban festivas. Pero los indígenas lo cubrieron de canoas y de esteras sobre las cuales ponían tierra donde plantaron frutas, flores y legumbres. Las ondas no se los llevaban más porque echaban fuertes raíces y de tal modo se formaron aquellas isletas llenas de verdor y setos de rosas. (Kolonitz, *Un viaje a México*: p. 119, 129)

La condesa Kollonitz advirtió algunos problemas de México, entre ellos la deforestación, que atribuyó a la colonización española, ya que a los españoles los consideraba enemigos de las "florestas y de los bosques". Señala los efectos negativos que este mal tenía sobre las reservas de agua "Los lagos cada día se evaporan más y más, las fuentes se secan y el terreno se ha hecho árido. Cuando los conquistadores llegaron al país el plan alto de Anáhuac [el Altiplano de México] tenía bosques y magnificas selvas, estaba cubierto de encinas, de cedros y de ciprés. De ellos todavía dan prueba algunos antiquísimos residuos que llenan al viajero de estupor y de admiración". (Kolonitz, *Un viaje a México*:84)

Gracias a su posición social y carisma personal logró hacer amigos mexicanos entrañables, que le brindaron hospitalidad y calor humano, lo que despertó en ella "el amor y el interés por México". (Kolonitz, *Un viaje a México*: 151) De regreso en Viena ofreció el diario para su publicación, y dado el entusiasmo que despertaba la literatura viajera, la obra se editó en 1867 bajo el título *Un voyage au Mexique* 1864 (Un viaje a México en 1864) y traducida al italiano apareció un año después en Florencia.

Adela Bretón

Otra mujer excepcional fue la británica Adela Bretón, quien llegó a México hacia 1893. Nacida en 1849, había gozado de una esmerada educación que le

permitió formarse como acuarelista y como arqueóloga, actividades a las que se mantuvo aficionada durante el resto de su vida.[18]

Adela nunca contrajo matrimonio y a los cuarenta y cinco años, tras la muerte de sus padres y el casamiento de su hermano, decidió emprender un viaje a México y Centroamérica, con la intención de hacer estudios arqueológicos y de documentar las antigüedades prehispánicas. Sentía una gran atracción por los viajes, pasión que su padre, el comandante William Breton, le había inculcado desde pequeña, al compartir con ella los recuerdos de sus travesías por oriente.

Para poder llevar a cabo el viaje, Adela Breton tuvo que superar los convencionalismos de la sociedad victoriana que impedían a una mujer viajar sola, a la vez que superar las innumerables dificultades que, en aquel tiempo, implicaba viajar por la República Mexicana. Si bien el ferrocarril cubría algunas rutas, no llegaba a los sitios arqueológicos que quería visitar la Bretón y, por lo tanto, resolvió trasladarse a lomo de caballo. Se hizo acompañar de Pablo Solorio, su fiel caballerango y sirviente, quien la ayudó a sortear los problemas diarios, como obtener comida y sitios para pernoctar, al mismo tiempo que la protegía en contra de posibles asaltos y robos. Ella lo consideró como amigo y mantuvo contacto con él hasta su muerte.

Adela Bretón además supo enfrentarse posturas envidiosas de los colegas. Por ejemplo, pudo sortear los obstáculos que le puso Edward Herbert Thompson para trabajar en Chichén Itzá. Thompson sentía antipatía por la Bretón a la vez que consideraba al mencionado sitio arqueológico como un coto privado, pues había comprado la hacienda dentro de cuyos márgenes se encontraban las ruinas.

La estancia de Adela Breton en América se prolongó a lo largo de quince años, durante los cuales realizó un fructífero trabajo, que posteriormente sería de gran utilidad para la arqueología mexicana.[19]

Siguiendo la tradición establecida por Humboldt, Adela se sintió atraída tanto por el paisaje mexicano como por los vestigios arqueológicos, mismos que, como artista plástica, trató de retener en la memoria. Como paisajista se valió

---

18 La información sobre *Adela Bretón* está tomada del catálogo de la exposición *Adela Bretón. Artista británica en México, 1894-1907*, Catálogo de exposición, Graciela Romandía de Cantú, introducción. México: Museo Nacional del Castillo de Chapultepec, The Britich Council y Reckitt and Colman, 1993.

19 *Adela Bretón*…, p. 27, 19 y 29.

principalmente de la acuarela que dominaba a la perfección y que la vincula, al igual que Emily Ward, con la tradición paisajística de la pintura inglesa, a la que ya aludí anteriormente. Especialmente, se interesó por representar las elevadas cimas de los volcanes, de las que carecía su patria. El acierto y creatividad de las composiciones, el manejo de la luz y el fino colorido confieren una gran calidad artística a sus obras a la vez que llama la atención la fidelidad con la que reprodujo los paisajes, por ejemplo, en cuanto al detalle de la vegetación. Son notables sus vistas de los volcanes Popocatépetl, Iztaccíhuatl, Pico de Orizaba y Jorullo.

Su fina sensibilidad para captar al paisaje se manifiesta, por ejemplo, en *Vista de Guanajuato desde la mina de la Valenciana* donde sitúa a la villa dentro del paisaje agreste de las serranías que la circundan, para convertirlo en un todo orgánico. Algo similar se puede observar respecto a la acuarela sobre Tlaxcala, en la que asimismo domina el paisaje. Las escenas netamente urbanas son pocas, entre ellas *La fachada de la catedral de Aguascalientes*, notable por la precisión y fidelidad con que reprodujo el trabajo escultórico de esta fachada barroca.

Sin embargo, la mayor parte de su tiempo lo ocupó Adela Bretón en la reproducción y documentación de antigüedades prehispánicas, su principal campo de interés. Ante el deterioro progresivo de muchos de los vestigios de las antiguas culturas, se preocupó por retenerlos en la memoria, valiéndose de las distintas técnicas a su alcance, tales como el dibujo, la acuarela, la fotografía y la calca en papel carbón, entre otros. Visitió la principales zonas arqueológicas descubiertas entonces, Teotihuacan, en el valle de México; Mitla y Monte Albán, en Oaxaca, el Tajín en Veracruz, y Chichén Itzá y Acancéh, en Yucatán. Fue en esta última región donde realizó su labor más importante, como lo es su testimonio de algunas de las principales pirámides y edificios. Destacan por la precisión del dibujo y la notable calidad artística las acuarelas sobre la pirámide principal del Tajín, que muestra la escalinata principal con sus nichos, invadidas por la maleza; la fachada oeste de la pirámide del Adivino en Uxmal, y el anexo y la iglesia del complejo de las monjas en Chichén Itzá.[20]

Asimismo, documentó piezas escultóricas, relieves, cerámica y objetos de metal. Se preocupó porque las reproducciones fueran fieles conforme al original, en cuanto a forma, proporción y colorido. Hizo calcas al carbón, realizó bocetos, tomó fotografías que coloreó, hizo dibujos y acuarelas. Por ejemplo, pintó

20 *Ibídem,* p. 26, 31 y 36-37.

diversos objetos que habían sido extraídos del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, así como los atlantes del templo de los Jaguares procedentes de la misma ciudad.[21]

De gran utilidad resultaron sus reproducciones de murales prehispánicos, muchos de los cuales, debido a su fragilidad, hoy día han desaparecido o están en proceso de desaparición. Ya que Adela Bretón se preocupó por reproducir con exactitud y fidelidad las formas y la policromía originales, sus obras son en muchos casos los únicos testimonios que existen. Cabe mencionar, por ejemplo, la reproducción de los murales de Teopancalco en Teotihuacan; la fotografía coloreada por ella del relieve del templo de Los Jaguares en Chichén Itzá, y los murales norte y occidental de la cámara interna del mismo edificio.[22]

Esta extenuante labor la desarrolló con una salud precaria, en medio de las incomodidades del trópico, el sol abrasador, los mosquitos, las garrapatas y demás alimañas, y con frecuencia sin alimentarse adecuadamente. Tan sólo en la copia del friso de la fachada del Palacio de los Estucos ocupó cinco semanas de trabajo.

Los resultados de sus investigaciones los presentó años más tarde en los congresos de Americanistas, donde se ganó el respeto de sus colegas mayistas. Con varios de ellos, como Zelia Nuttal, sostuvo correspondencia e intercambiaba opiniones. A su muerte dejó su legado al museo de Bristol en Inglaterra, donde es accesible para los interesados.

Caecilie Seler-Sachs

Caecilie Seler-Sachs provenía de una familia judío alemana, que tuvo un estatus elevado en la sociedad berlinesa de finales del siglo XX, gracias a sus relaciones, su cultura y su solvente situación económica. Hermann Jacob Sachs, padre de Caecilie, era un conocido médico que despertó en ella el amor por la cultura y el arte y la estimuló para pensar de manera autónoma. Sin embargo ella no había encontrado un nicho para desarrollar sus inquietudes intelectuales, lo que cambió en 1884 cuando, a los 34 años, contrajo matrimonio con el renombrado americanista Eduard Seler y decidió participar activamente en sus investigaciones americanistas. Esta decisión la vinculó con México para el resto de sus días.

---

21 *Ibídem,* p. 38 y 35.
22 *Ibídem, p.* 34, 32, 33.

Seler emprendía sus estudios sobre las antiguas culturas americanas desde una perspectiva interdisciplinaria, siendo sus principales campos la lingüística, la etnohistoria y la arqueología. Tradujo obras clásicas, conformó diccionarios de distintas lenguas indígenas, describió ritos, costumbres o ceremonias y reunió el mayor número posible de objetos y testimonios sobre las culturas americanas antiguas.

Desde los primeros días de su matrimonio Caecilie Seler-Sachs adoptó la responsabilidad de gran parte del trabajo técnico que requerían estas investigaciones, por ejemplo hacer dibujos, copias y fichas; tomar fotografías, y archivar y clasificar objetos. Estas actividades, que desarrolló los 38 años que duró su matrimonio, la convirtieron con el tiempo en una experta en el campo de la americanística, como se puede constatar en sus obras, a las que me referiré más adelante.

Con los años Eduard Seler se volvió uno de los americanistas más reconocidos de su tiempo. Ocupó las cátedras de lingüística, etnología y arqueología de la Universidad de Berlín, lo que le permitió formar a un sólido grupo de discípulos, entre los que cabe señalar a Pert Kutscher, Walter Lehmann y Walter Krickeberg. Llegó a ser director de la sección americana del Museo Etnográfico de Berlín, director de la Sociedad berlinesa antropológica, etnológica y para la historia primitiva, así como el primer director de la Escuela internacional de arqueología y etnografía americanas.

El matrimonio Seler estructuró su vida en torno a sus intereses científicos. Los viajes a los sitios arqueológicos se impusieron como una necesidad para realizar los proyectos de investigación: había que ubicar a las culturas antiguas dentro de su entorno geográfico; hacer observaciones etnográficas para comprender el pasado a la luz de los vestigios que de él existían en el presente; recopilar escritos y vocablos pertenecientes a las lenguas autóctonas; coleccionar el mayor número de objetos prehispánicos posible, y documentar edificios, monumentos y piezas, mediante fotografías, dibujos, acuarelas y calcas, entre otros.

Entre 1887 y 1911, los Seler realizaron seis viajes a América, en su mayoría a México y Guatemala, la mayor parte de los cuales se financiaron con la fortuna que Caecilie había heredado de su familia.

Las condiciones de viaje no habían mejorado sustancialmente desde la época de Adela Breton y también el matrimonio Seler tuvo que enfrentar numerosas dificultades para subsistir en zonas no acondicionadas para visitantes. Difícil era conseguir comida, encontrar hospedaje, tratar con las autoridades locales, soportar las inclemencias del clima y recuperarse de las enfermedades que los

atacaron. Gran parte de la logística, así como de las tareas prácticas estuvieron a cargo de Caecilie. El trabajo era agotador, había que hacer el levantamiento y la proyección de edificios, realizar dibujos, acuarelas y calcas de fachadas de edificios, monumentos, esculturas y piezas menores. Caecilie asimismo tomó fotografías de muchos de los monumentos y piezas arqueológicas, lo que la convirtió, junto con Desiré Charnay, Augustus Le Plongeon y la mencionada Adela Breton en una de las primeras fotógrafas de antigüedades americanas.

Otra ocupación que consumió tiempo y esfuerzo al matrimonio fue la adquisición de alrededor de 13 000 piezas arqueológicas, que posteriormente donó al Museum für Völkerkunde [Museo etnográfico] de Berlín.

Uno de los aspectos que mitigó las dificultades y privaciones que tuvieron que enfrentar Caecilie y Eduard durante los viajes fue su profundo amor por la naturaleza. Extasiados contemplaban la exuberancia de las zonas tropicales, la sobria belleza de las regiones desérticas, los amaneceres y atardeceres. Pero dicho interés no se agotó en la contemplación y descripción de paisajes, flora y fauna, sino que comprendió el estudio de las especies botánicas que encontraron en el camino. Eduard había realizado estudios de botánica y tenía una vinculación con el Königliches Botanisches Museum [Real museo botánico] de Berlin. Para enriquecer los acervos de este museo y de otras colecciones botánicas él y Caecilie recolectaron alrededor de 6,000 ejemplares durante sus estancias en México y Centroamérica.

Ambos cónyuges escribieron sobre sus experiencias de viaje. Una serie de cartas sobre el primer viaje a México y Guatemala se publicó dos años después bajo el nombre de Eduard, por la editorial Dümmler de Berlín.[23]

Tal vez el mejor documentado de los viajes fue el segundo, a México y Guatemala, que tuvo lugar entre 1895 y 1897, ya que la propia Caecile Seler-Sachs escribió el libro *Por los antiguos caminos de México y Guatemala* editado en alemán, en Berlín, en 1900.[24] En esta obra exhibió sus dotes como escritora, su selecto y a la vez fluido lenguaje, su capacidad de observación, sus narraciones detalladas sobre la dificultad de los caminos, los problemas cotidianos de subsistencia y las agotadoras jornadas de trabajo.

---

23 Eduard Seler, *Reisebriefe aus Mexiko* [Epístolas de viaje desde México].
24 Caecile Seler-Sachs, *Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala. Reiseerinnerungen und Eindrücke aus den Jahren 1895-1897*. Berlín: Dietrich Reimer, 1925.

Al morir Eduard Seler, en 1922, dejó inconclusa su obra. Numerosos artículos habían quedado inéditos y había muchos trabajos inacabados. Caecilie, con el apoyo de algunos de los discípulos de Eduard, entre ellos Walter Lehmann, Gerd Kutscher y Franz Boas, se dio a la tarea de ordenar los materiales y prepararlos para su edición. Asimismo consiguió financiamiento para editar las obras completas, que aparecieron en cinco volúmenes, en Berlin, entre 1902-1923.[25]

Caecilie no compartió toda su actividad intelectual con Eduard. Junto con la fotografía documental, realizó tomas de paisajes, escenas rurales y personas con trajes regionales que permitieron aflorar su fina sensibilidad artística y la proyectaron como una excelente fotógrafa, dentro de la corriente paisajista y costumbrista. También aquí se manifiesta su amor a la naturaleza, su interés por la vida de las mujeres y su afición por el campo.

Con el fin de dar a conocer la vida de las mujeres en la época prehispánica escribió el libro *Frauenleben im Reiche der Azteken. Ein Blatt aus der Kulturgeschichte Alt-Mexikos,* Berlín [Vida de las mujeres aztecas] editado en 1919 por la editorial Dietrich Reimer. Esta obra se vinculaba a sus preocupaciones feministas, movimiento en el que participó activamente. Por ejemplo encabezó dirigencia de la "liga de cocinas berlinesas populares" una asociación creada por mujeres que tenía por objeto alimentar a los pobres.

Asimismo se interesó por la tradición culinaria mexicana y escribió un ensayo titulado *Mexikanische Küche* [Cocina mexicana] en el que describe alimentos, recetas y valor alimenticio de la comida mexicana. En este ensayo observa que la cocina ha sido tratada con negligencia por los antropólogos quienes concededían más valor a la indumentaria que a la alimentación.

Los relatos de viajes *Epístolas de viaje desde México* y *Por los antiguos caminos de Mexico y Guatemala*, el primero en coautoría y el segundo enteramente de la pluma de Cecilia, ambos con fotografías tomadas suyas, constituyeron durante varias décadas las obras más autorizadas y leídas en Alemania sobre las culturas prehispánicas y sobre la arqueología mesoamericana. Asimismo, transmitieron una idea sobre el paisaje y la población mexicanos.[26] Sus demás obras tuvieron

25 Eduard Seler, *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde.* 5 vols. Berlin: A. Asher, 1902-1923.

26 Eckehard Dolinsky,. "Esbozo biográfico de Eduard y Caecilie Seler", *Eduard y Caecilie Seler: Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones.* Renata von Hanffstengel y Cecilia Ter¬cero Vasconcelos, editoras. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Insti-

poca difusión y después de la segunda guerra mundial cayeron en el olvido. Lo mismo sucedió con gran parte de la obra de Eduard, cuyo acceso se dificultaba por no estar traducida al castellano. Hoy día ya que se advierte un renovado interés por la vida y obra de estos dos personajes singulares. Su legado permanece en el Ibero-Amerikanisches Institut Preussischer Kulturbesitz [Instituto Iberoamericano del Patrimonio Cultural Prusiano] de Berlín, a disposición de las personas interesadas.

Bibliografía

Adela Bretón. Artista británica en México, 1894-1907, Catálogo de exposición. Graciela Romandía de Cantú, introducción. México: Museo Nacional del Castillo de Chapultepec, The Britich Council y Reckitt and Colman, 1993.

CALDERÓN de la Barca, Madame. *Life in Mexico, Residence of two years in that country.* W. H. Prescott, editor. Londres: Chapman and Hal, 1843.

CALDERÓN de la Barca, Madame. *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país.* Traducción, prólogo y notas de Felipe Teixidor. 2 vols. México: Porrúa, 1959.

DOLINSKY, Eckehard. "Esbozo biográfico de Eduard y Caecilie Seler", *Eduard y Caecilie Seler: Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones.* Renata von Hanffstengel y Cecilia Tercero Vasconcelos, editoras. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003.

DUADIUK, Alicia. *Viajeras anglosajonas en México. Memorias.* México: Secretaría de Educación Pública, 1973.

HANFFSTENGEL, Renata von y Cecilia Tercero Vasconcelos. *Eduard y Caecilie Seler: Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas y Ediciones y Gráficos Eón, 2003.

HUMBOLDT, Alexander von. *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España.* México: Porrúa, 1973.

HUMBOLDT, Alexander von. *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América.* Traducción e introducción Jaime Labastida. México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1974.

ITURRIAGA, José N. *Litografía y grabado en el México del siglo XIX.* México: Inversora Bursátil S. A. de C. V., vol. 1.

---

tuto Nacional de Antropología e Historia, 2003, p. 35.

KOLONITZ, Paula. *Un viaje a México en 1864*. Traducción Neftalí Beltrán. Prólogo Luis G. Zorrilla. México: Secretaría de Educación Pública, 1976.

SELER, Eduard. *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde*. 5 vols. Berlin: A. Asher, 1902-1923.

SELER, Eduard. *Collected Works in Mesoamerican Linguistics and Archaeology*. Charles P. Bowditch & Frank E. Comparato, traductores. Culver City (CA): Labyrinthos, 1990-1998.

SELER, Caecilie. *Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala. Reiseerinnerungen und Eindrücke aus den Jahren 1895-1897*. Berlín: Dietrich Reimer, 1925.

SELER, Caecilie. *Frauenleben im Reiche der Azteken. Ein Blatt aus der Kulturgeschichte Alt-Mexikos*. Berlín: Dietrich Reimer, 1919.

WARD, Henry George. *Most Important Towns and Mining Districts, Upon the Table Land of Mexico,* Londres, : Henry Colburn, 1829.

WARD, Henry George. *Seis panorámicas de los más importantes poblados y distritos mineros del altiplano de México*. Emily Ward, dibujante, John Pye, grabador, Henry Colburn, editor. Elena Horz de Vía, traductora. México: Banco de México, 1990.

WARD, Henry George. *México en 1827*. Londres: Henry Colburn, 1828.

WARD, Henry George. *México en 1827*. Selección. México: Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, 1981.